

Una tarde de otoño en Plasencia

¿Qué te duele, Plasencia, esta tarde?
Escuché tus quejidos cuando abrí mi ventana:
Santa Bárbara, triste y bruno.
En Santo Domingo la fuente no mana.

¡¡Me da miedo y pena, Plasencia, verte tan ceñuda!!

Se han quedado de pronto tus calles calladas.
Tan solo gorriones suenan en los cables.

En la esquina una vieja farola se apaga.
A tu fuerte muralla se la caen las piedras.

Un canónigo encorvado se ha metido en casa.

Revoletea una mosca negra por mi alcoba...

En San Nicolás doblan las campanas.

Monterrey se pone tieso. El cielo. Las nubes.

El aire estremece suave la acacia.

¡¡Pégame tus penas, ciudad mía!!

Díme, Plasencia, por qué lloras, qué te pasa...

¿Será que el impúdico octubre te entristece,
cuando te deja desnuda, deshojada?

¿Te has cansado, tal vez, de la vida?

¿Acaso, Plasencia, estás enamorada...?

FERNANDO FLORES DEL MANZANO

DESCUBRIMIENTO

DE LA

DESCUBRIDORA EXTREMADURA

por Pedro MASSA

El gran diario de Buenos Aires «LA PRENSA», publicó en su número extraordinario de 19 de Octubre de 1969, el siguiente artículo que juzgamos oportuno reproducir, por lo que interesa y honra a nuestra tierra. El artículo venía ilustrado con tres fotografías a gran tamaño representando otros tantos rincones típicos de Cáceres.



PEDRO DE LORENZO, con el genio y el alma de su tierra —Extremadura— quemándole inextinguiblemente la entraña, ha escrito el libro *La Fantasía Heroica* con ese dolor, con esa sutil rabia íntima de ver que nadie antes que él consideró ese pedazo de España digno de un estudio serio, profundo, fervoroso.

Este hombre que conoce, acaso como nadie, esos dos pueblos del oeste peninsular —Cáceres y Badajoz—; que se metió por sus rincones más ocultos y admiró con ojos insaciables cuanto de hermoso y de feo tienen allí piedras, aguas, majadas, serranías y no hay que decir caseríos y palacios; ese hombre buscó luego en libros y papeles una interpretación rigurosa y honda del paisaje y del espíritu de Extremadura; buscó el «descubrimiento de una tierra precisamente descubridora», y al no encontrar ese ensayo denso y estremecido, esa página noble y rara, huidiza de todo lo consabido y trivial, primero se dolió como extremeño de ese olvido de su tierra por parte de los mejores —si exceptuamos un puñado de notas breves y como de pasada de Unamuno, Larra, Ciro Bayo, Baroja, Salaverría, Eugenio D'Ors, Noel, Laín Entralgo, Díaz-Plaja— y luego, con un empeño, con una tensión espiritual inaguantables sin el escape de una acción henchida tanto de corazón como de cerebro, se puso a la tarea

de calar hasta la raíz esa tierra increíblemente silenciada, llenar de luz esas parcelas prodigiosas que muchos ignoraron, levantar en vilo, a fuerza de pluma, ese mundo –Extremadura– rebosante de vida y de futuro paradójicamente por la fuerza de sus muertos y la grandeza de su pasado.

De cómo realizó esa tarea es claro testimonio el libro que tenemos entre las manos. Primero, se fijó en la tierra y la pintó así: «Ni monte ni llano; trescientos a cuatrocientos metros de nivel; ni centro de la península ni en la periferia: un poco al lado, un poco a la izquierda, como el corazón. Vamos al clima: ni al frío León ni Andalucía urente; no es la Castilla seca ni el húmedo Portugal. Tierra alta, dura, severa, descarnada. Soledumbre infinita. Ni un alma en el campo, ni una mujer a la ventana, ni un chiquillo por el monte. Callada soledad. Y es muy hermosa tierra».

Descrita la tierra por modo tan vigoroso, nos habló del hombre extremeño con razones exactas y nudas también: «No somos sociables a la manera en que lo suele ser el gallego –dice, incluyéndose muy justamente en el retrato–. Permanece cada extremeño fiel a su soledad; eludiendo el regionalismo de lares y de tertulias, en tierra extraña. Con sólo raíces de individualidad, el extremeño enraiza, se adapta en fácil trasplante y soporta su condición de desarraigado porque sabe que en sí mismo lleva una patria indestructible, que es como la patria del alma».

Ya tenemos tierra y hombre en vivísima estampa. Ahora la ciudad, la casa, el palacio, la fuente, el adarve, esas calles hondas, pardas, severas, donde la alegría del sol pone brillos metálicos en la piedra secular, que unas veces se hace escudo con historiados lambrequines y otras levantado muro con perfiles de fortaleza.

Aquí sí que tiene nuestro autor ancho campo para admirar y recoger en cuadros llenos de color y vida esos pueblos ilustres con peregrina resonancia histórica: Plasencia, Mérida, Trujillo, Guadalupe, Fuente de Cantos, Cáceres, Badajoz...

Con qué emoción y entrañable regocijo va pasando este extremeño silencioso y grave por esas calles de Plasencia «tortuosas, estrechas, que se anudan en la plaza cuadrangular», Callejero sin rumbo, va de aquí para allá, «cazador de rincones, travesías, resbaladeros, escaleras, plazas, postigos, puentes, iglesias, palacios». ¿Y quién, en hablando de palacios, en Plasencia, no menciona, siquiera sea de pasada, el de doña María de Monroy, llamada «la Brava», por aquel tan conocido y espeluznante lance que parece arrancado de una tragedia griega? De Lorenzo lo cuenta en dos palabras: «Viuda, perdió

sus dos hijos varones a mano airada. Persiguió a los matadores por tierras de Portugal; les dio alcance en Viseo, les cortó la cabeza, se volvió a España y las echó sobre la tumba de sus hijos».

Mérida a la vista. Mérida, romanidad. Qué verdad es esto. Entráis en Mérida guiados por De Lorenzo, y a derecha e izquierda os salen al paso calles con estos nombres: Vetones, Augusto, Vespasiano, Adriano, Trajano, Constantino... Y seguís caminando, y pasáis por debajo del Arco de Trajano. Y llegáis hasta las columnas del Templo de Diana. Y más allá, los restos del Templo de Marte. Pero dejad el centro de la ciudad, alejaos un poco y las ruinas del teatro romano se os pondrán ante los ojos. Aquí, en estas piedras rotas, en esta mordida gradería, en esta columnata trunca está lo más hermoso de Mérida, lo más vivo y caliente de su pasado. Y como centrado esta hermosura, la casta y serenísima estatua de Ceres, poderosa, fuertemente extremeña. Algo así –De Lorenzo lo apunta– como la Dama de Elche de Extremadura.

De Mérida la romana a Cáceres la señorial. Ya el nombre lo está diciendo todo: Cáceres, del árabe «Al-Cazires», fortalezas, palacios. Qué pocas pinturas sobre Cáceres encontraréis con palabra enjuta, penetrante, alada. Cáceres es la tentación de las tentaciones para despeñarse por todas las altisonancias de un estilo barroco, cantando la hermosura de la piedra. Cáceres es excesivamente hechicera, grandiosa en la nobleza de sus palacios y torres para no empujar a todas las demasías verbales en el intento de trazar las líneas fundamentales de su arquitectura. De ahí que sea más de admirar la rigurosa medida, el toque siempre justo con que De Lorenzo mira y describe lo que ve. En un momento os dirá: «En Cáceres, la calle es adarve, la palma primera seco el cielo, cántaro a la cabeza, y en el rostro de las mujeres, una angustia de l' nube que pasa, el aire tenso, de sofoco, de sed». Antes habréis leído esto: «Desde la Montaña, Cáceres es redonda, como un fruto de piedra, en medio de la campiña dilatada, bajo el más lejano cielo de la patria». O esto otro: «Cáceres, arquitectura de arrogancia. Imperio de la piedra. Poblado silencio. Soledad viva...».

Yuste. Otro rincón de gloria en esta poderosa tierra, transida de hispanidad que es Extremadura, visto ahora desde ángulos inéditos, por su fervorosa y severa exactitud. Anduvimos por Yuste allá por el veintitantos. Tristeza infinita. Maravilloso abandono. Pero belleza y gracia en la ruina. Conservar lo erguido y firme, cualquiera lo hace. En cambio, mantener en perenne, en hermosa y patética decadencia un templo, un palacio, cuatro paredes unidas por la leyenda

o por la historia, es labor exquisita y ardua que sólo un espíritu delicado puede realizar. De Lorenzo nos habla de un Yuste «restaurado a la última» al celebrarse el IV centenario de la muerte del Emperador.

¿Qué impulsa al César, dominador de media Europa y de casi toda América a recluirse en Yuste, «en la más insigne bajamar que registra la historia», al decir de Ortega y Gasset? Sobre este punto se echaron a volar las hipótesis más peregrinas y cavilaron hondo los más finos ingenios. De Lorenzo se pregunta: «¿Un suicidio? Suicidio por exceso; cuando no hay más, cuando ya sólo puede esperarse decadencia». Pero más adelante, señala otro atisbo, acaso más en la verdad: Carlos se encierra en Yuste «porque siente saudade, amor de ausencia de la Emperatriz. Saudadoso, fiel a «sua senhora», la portuguesa, la guapísima». Al decir esto, De Lorenzo tiene, sin duda, muy presente que al morir la Emperatriz, Carlos se encerró también por unos meses en el monasterio de jerónimos de la Sisle, y a punto estuvo de que la serenidad del lugar no le ganara para siempre.

Pero De Lorenzo apunta aún otra idea, colmada de lógica. Dice: «El corazón del Imperio es Toledo; su río el Tajo; su puerta, Lisboa; su camino, el océano; su meta, América... Carlos en Yuste está de espaldas a Europa, mundo antiguo. En los umbrales de la eternidad, Carlos no se retira; piensa en el Nuevo Mundo. Se viene aquí, sólo; a mirar las Américas. En cuatro siglos se anticipa, vislumbra esto que hoy es primer meridiano del mundo occidental».

Y ya se nos vino a las manos, como no podía ser por menos, el tema América, descubrimiento y conquista, en relación con Extremadura. Este es el fabuloso impulso de su carácter: el ser atraída poderosamente por las nuevas tierras y dejar en ellas la impronta indeleble de su genio.

Ante España entera estaba el hecho deslumbrante de los inmensos territorios que habrían de llamarse América. ¿Por qué este hecho no arrebató por igual, no enciende con igual fuerza que a la gente extremeña a la de otras comarcas españolas? Pedro de Lorenzo responde a este interrogante con maduras razones: «Extremadura es lo que se ve, y este misterio: América; la tentación del infinito, la naturaleza aún no hecha, pero de redondeadas formas femeninas, fecundas... No le mueve el oro al extremeño. Para engancharse, pone a esa carta la hacienda, la vida. Sirve a una idea, sirve a una política: el Imperio: Es apático y violento; su vocación, la de quien no siente vocación alguna. En la dinámica de la historia, la única salida para un hombre así es ésta: la aventura... ¿A qué buscarle moti-

vos a la aventura? Consiste la aventura en ser motivo de sí misma».

Más adelante, nuestro autor fija con luminosa palabra la acción de estos hombres «apáticos y violentos». Mirad - dice - ese continente meridiano del mundo y que hoy es el meridiano eje de nuestro mundo. Y veréis encaramarse Florida arriba a Soto, el de Barcarrota, o estremecidos seguís la marcha de Cortés en México, las conquistas de Alvarado en Guatemala, el éxtasis de Balboa asomándose a las calmas de un océano mucho en aguas, virgen de todo remo, expansivo y pacífico... Mientras un trujillano se abre camino Amazonas abajo, selva adentro. ¿Un trujillano? Dios: aquél es Orellana; pero éste es Pizarro, remontando la nieve andina para que un día Pedro de Valdivia pueda bajar a Chile y entre la roca y la costa ponerle sur al mundo. Pues bien: esta empresa de colosalismo increíble la sostienen siete hombres. Siete hombres que hablan un mismo idioma, un mismo acento, sin eses, de jotas ensordecidas, de haches aspiradas y tiernos diminutivos en ina, ino...».

La pluma exaltada que trazó lo que acabáis de leer, termina su libro «Extremadura, la fantasía heroica» con estas palabras conmovedoras: «Cuando mis ojos se cierran, cuando ya la mano se niegue a escribir y la voz enmudezca, para entonces yo sólo pido un poco de esta tierra: apenas un rincón de un huerto moro mirando el Camino de la Plata... Y cuando el escritor ya no exista, que todavía como hombre sirva a su tierra: que sea en esta tierra semilla de eternidad o estiércol para una rosa».